

nos es conocida (1); pero también sabemos que había desaparecido en él aquella energía que en muchos puntos había sido antes un obstáculo á la reforma. La imposibilidad de tener en Francia un Parlamento á la inglesa no dependía del rey, sino del feudalismo. Mientras este subsistiera, una Cámara alta compuesta de la nobleza y del clero sería un poderoso baluarte contra toda reforma, tan funesto á la monarquía como á la nación, pues una y otra sentían ya igualmente la necesidad de un nuevo orden de cosas. Necker no vió ni com-

prendió que la abolición del feudalismo era indispensable, que era la condición esencial para toda reforma en el Estado, que en este punto existía comunidad de intereses entre el rey y la nación, y que esta no se daría por satisfecha con un simple sacrificio pecuniario.

El no haber visto nada de esto fué la causa de su cada vez más errónea política y de sus tentativas más erróneas todavía para justificarla. ¿Quién podría decir si le hubiera sido dado á la ciencia política impedir que la decadencia



El marqués de Brezé

creciente de aquella monarquía acabara en completa ruina? Pero es preciso establecer una distinción entre si le era imposible llevar á cabo lo que pensaba y quería rectamente ó si la fatalidad le empujaba á luchar contra sus propios intereses.

El Parlamento nacional, que se completó en 27 de junio, creyó que lo sucedido era debido á su energía y decisión, y convencido de ello incurrió en la locura de la omnipotencia, que era en sí una desgracia. Mayor lo era, sin embargo, que aquel nuevo poder considerase, como hubo de considerar, á la monarquía un enemigo herido de muerte que había ren-

(1) F. II.

dido las armas, pero cuyas opiniones y sentimientos no habían variado.

CAPITULO III

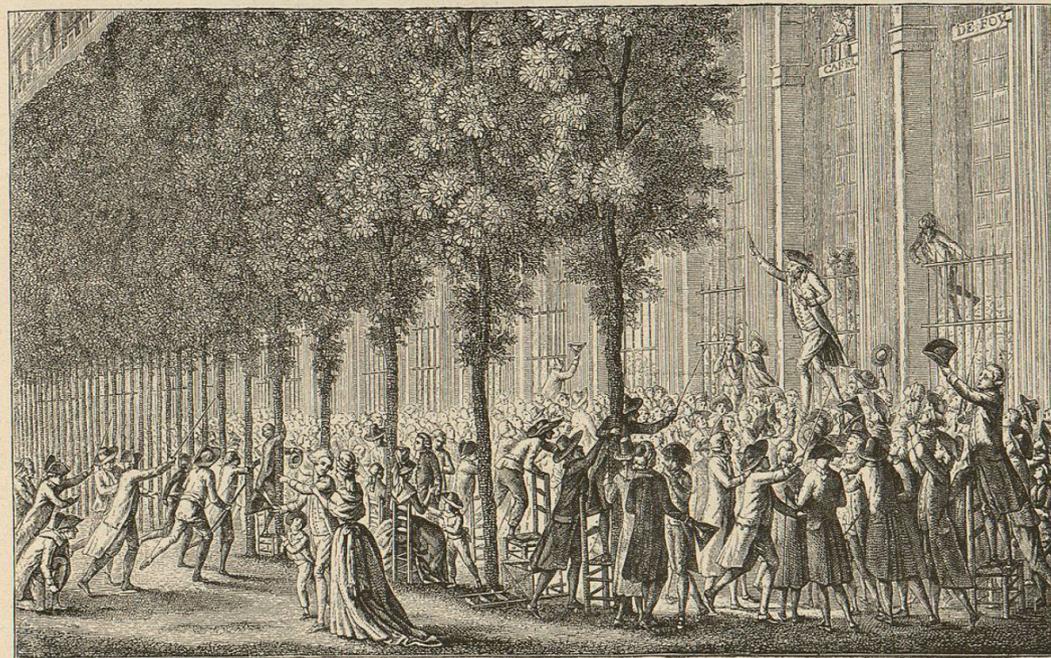
DEMOLICION DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Los electores del tercer estado de la ciudad de París, después de haber bosquejado en sus instrucciones ó poderes una nueva Constitución para la Francia, pronunciaron una sentencia de muerte contra la Bastilla, antigua y famosa fortaleza donde eran encerrados los pensadores y escritores del país. En efecto, dichos poderes decían: «En el sitio que ocupa la fortaleza de la Bastilla, que debe demolerse, se formará

una plaza pública, en cuyo centro se elevará una columna de construcción sencilla con la inscripción: *Luis XVI, restaurador de la libertad pública* (1).» En julio de 1789 se cumplió esta sentencia, pero lo que salió de entre las ruinas de la antigua fortaleza del despotismo no fué la libertad sino la anarquía. Pocos días después de haber cedido la monarquía en Versalles ante la representación nacional, el Estado, sin autoridad y sin nombre saltó en París en mil pedazos.

Al comenzar la Revolución, París tenía, según la estadística general, una población de 600,000 almas (2), y las fuerzas encargadas de conservar el orden, prescindiendo de la guardia urbana, se componían de dos regimientos de línea, formados el uno por guardias franceses y el otro por guardias

suizos. El mando del primero estaba confiado al coronel duque de Chatelet; el del segundo lo tenía desde fines de abril, y en sustitución del enfermo coronel conde de Affry, el teniente coronel barón de Besenval, que hacía ocho años se encontraba al frente de las «provincias del interior» (Isla de Francia, excepto París, Soissonais, Berry, Borbonés, Orleanés, Turena y Maine). Besenval á la sazón (3) tuvo que encargarse, no solo de la difícil tarea de proveer de cereales á la ciudad de París, que luchaba de continuo con el hambre, sino también del penoso servicio de seguridad interior. Los apuros en que la ciudad se encontraba se aumentaron con la constante emigración de mendigos que de todas las provincias acudían á la capital y que engrosaron el ejército de



Camilo Desmoulin en el «Palais Royal» el 12 de julio de 1789.—De un grabado en cobre de Duplessis-Bertaux

amotinados, convirtiéndolo en los batallones completos de desesperados aventureros. Gente haraposa armada de palos, y de rostro siniestro, penetraba en grandes masas en los arrabales de San Antonio y San Marcelo, donde tenían sus chozas los miserables trabajadores y su guarida los criminales (4). El día 21 de abril comenzó á funcionar una asamblea de electores, y el día 25 se hizo circular el rumor de que el elector Reveillon, que poseía una gran fábrica de paños en la calle de San Antonio, había «hablado mal» en una de estas reuniones. Nadie sabía lo que había dicho, pero desde

luego se echó á volar una de aquellas frases que en los tiempos de revuelta, transmitidas de boca en boca, equivalen á una sentencia de muerte (5). Decíase que había dicho que «un obrero con su mujer y sus hijos podía vivir con quince sueldos diarios.» Esto, amén de ser falso, era una locura, pues Reveillon pagaba al último de sus 350 trabajadores 25, 30, 35, 40 y 50 sueldos por día. Además, cuando durante el invierno tuvo que suspender los trabajos en una parte de su fábrica, continuó pagando el importe de los salarios. Reveillon había á su vez sido trabajador y sabía cuán horrible es el hambre, y por sus sentimientos humanos y por su bondad era por todos respetado (6). A consecuencia de la mas infame y loca calumnia aquel bondadoso fabricante se vió de repente despreciado por traidor y su vida y hacienda fueron objeto del furor popular. En la plaza Real una turba de vagabundos forasteros que rodeaba á un maniquí con la inscripción: «Reveillon,» después de leer un supuesto acuerdo

(1) *Hist. parl.*, I, pág. 351.

(2) A. Schmidt: *Estado de cosas en París, 1789-1790*.—Jena, 1874, tomo I, página 37.

(3) Besenval: *Mémoires*, París, 1821, II, pág. 342.

(4) «En la capital existen dos barrios habitados por una población inmensa de trabajadores y jornaleros que ofrecen dentro de un mismo recinto el aspecto de dos ciudades distintas en sus usos, lenguaje y costumbres: los arrabales de San Antonio y San Marcelo. De estos, el primero sobre todo contrasta el ánimo ofreciendo por doquier el cuadro de la miseria y de los horrores que la rodean.» *Histoire de la révolution de France par deux amis de la liberté* (de Kerverseau y Clavelin), I, página 148.

(5) Taine: *Les origines de la France contemporaine. La Révolution*, tomo I, pág. 37.

(6) Su *Exposé justificatif*, que nos transcribe la citada *Histoire de la révolution de France*, merece entero crédito.

del tercer estado en que se le condenaba á muerte, atacó la casa del infeliz, echó abajo las puertas, rompió espejos y ventanas, quemó los muebles, robó el dinero y los objetos de plata, y saqueó la cocina y la bodega, todo esto en presencia de treinta guardias franceses que, conducidos por un sargento para proteger al que era objeto de aquella agresión, no dispararon un solo tiro (1). Los guardias que entonces avanzaron en compañías fueron recibidos con una lluvia de piedras y proyectiles de todas clases. Las tropas, que comenzaron entonces á hacer sus descargas, encontraron durante algunas horas una tenaz resistencia y solo cuando se presentó un batallón de los suizos de Besenval con dos cañones, cesaron los amotinados en la lucha. Estos tuvieron unos doscientos muertos y trescientos heridos (28 de abril). Esta fué la primera prueba de la fuerza de los facinerosos que se habían reunido en París (2). En aquella ocasión la fuerza del desorden se vio contrarestanda por la fidelidad de las tropas; pero qué sería de la ciudad y del Estado el día en que estas se negaran á obedecer y se pusieran del lado de la rebelión?

No había policía ni inspiraban repugnancia alguna cosas que antes se tenían por prohibidas. Un joven abogado de diez y nueve años, Camilo Desmoulin (que había nacido en 2 de marzo de 1770 en Guisa), que comenzaba entonces su carrera de escritor y tribuno popular, nos describe la situación de París con las siguientes palabras: «París pide en alta voz, como el resto de Francia, la libertad. La infame policía, ese monstruo de diez mil cabezas, tiene todos sus miembros paralizados: sus ojos ya no ven y sus oídos no oyen. Solo los patriotas dejan oír su voz. Los enemigos del bien público guardan silencio ó, si se atreven á hablar, sufren en seguida el castigo que merecen la apostasía y la traición. De rodillas tienen que implorar gracia. Linguet es apaleado por los diputados, entre los cuales el insolente se ha introducido; Maury es arrojado de la fonda en que se aloja; d'Esprenmil es silbado por sus propios lacayos; el canciller ha sido insultado y escupido en medio de sus criados; el arzobispo de París ha sido apedreado; un Condé, un Conti y un Artois han sido públicamente consagrados á los dioses infernales. El patriotismo todo lo domina, como un violento incendio. La juventud se inflama, los ancianos abandonan la nostalgia de los pasados tiempos y se avergüenzan de ellos. Los aristócratas, «los vampiros del Estado», fundan todas sus esperanzas en las tropas; pero estas no serán «los verdugos» de aquellos que quieren abrirles el camino que ha de conducirlos á los empleos de oficiales. Esos soldados que permanecen ocho años en la esclavitud, esos héroes mas oprimidos que nuestros lacayos y con tanta frecuencia apaleados, que sufren en las galeras las consecuencias de una deserción que en tiempo de paz no puede nunca ser un crimen y es muchas veces un deber, y que en tiempo de guerra solo puede ser castigada como castigó Roma la de los fugitivos de Canas; esos soldados á quienes nosotros queremos libertar no harán fuego contra sus protectores, sino que, por el contrario, se unirán en masa á sus allegados, á sus compatriotas, á sus redentores, y los nobles verán con sorpresa á su alrededor únicamente la escoria del ejército, un montón de asesinos y parricidas. Estamos seguros del triunfo: tenemos un ejército

(1) Besenval, II, pág. 345.

(2) Besenval dice en sus *Mémoires*, II, pág. 346: «Todos los espías de la policía están contestes en afirmar que la insurrección era suscitada por extranjeros que para aumentar su contingente tomaban por fuerza á cuantos encontraban y que en tres distintas ocasiones habían enviado comisionados al arrabal de San Marcelo para reclutar gente sin haber podido inducir á nadie á que les siguiera. Estos espías añadían que á aquella gente se la veía excitar al tumulto y distribuir dinero.»

que todavía no se ve y que aun no ha salido á campaña, pero que está ya reclutado y dispuesto: el ejército de observación. Compónese de mas de ciento cincuenta mil hombres. Por lo que á mí toca, me siento con valor para morir por la libertad de mi patria, y un motivo mas poderoso impulsará á aquellos á quienes no arrastre la bondad de la causa. Nunca vencedor alguno conquistó mas rico botín. ¡Son cuarenta mil palacios, hoteles, castillos, las dos quintas partes de los bienes de Francia los que hay que repartir! Tal será el premio del valor esforzado. Los que hoy se llaman conquistadores nuestros serán á su vez conquistados. La nación será purificada, y los extranjeros, los malos ciudadanos y todos aquellos para quienes su bienestar está muy por encima del de la nación serán exterminados (3).»

La salvaje pasión revolucionaria, cuyo orador acabamos de conocer, tenía su cuartel general en la antigua residencia de los Orleans, el Palais Royal, en cuyas treinta y una casas de juego y en cuyas tabernas y burdeles, con dos mil mujeres públicas, se reunían día y noche diez mil vagos para hacer la política insensata que se respiraba en la atmósfera de la pasión y del vicio. En los jardines que entonces como ahora circundaban el edificio, se había constituido día y noche una asamblea popular: una multitud compacta rodeaba la mesa desde la cual se le comunicaban las novedades, se leían artículos de periódicos, se le pronunciaban discursos y se le presentaban proposiciones á cual mas descabelladas. «En el Palais Royal, escribía Desmoulin á su padre, se relevan todas las tardes los que tienen la voz de Estentor: suben á una mesa; todos les rodean y les escuchan: leen el escrito mas violento sobre los asuntos del día. El silencio solo es interrumpido por los bravos que aplauden los pasajes mas enérgicos. Luego los patriotas gritan: ¡Otra! Hace tres días un niño de cuatro años, muy inteligente y con la lección bien aprendida, dió á lo menos veinte vueltas por el jardín conducido en hombros por un mozo de cordel: este niño gritaba: «Acuerdo del pueblo francés: la Polignac será desterrada á cien leguas de París; Condé idem, Conti idem, Artois idem, la reina... no me atrevo á repetíroslo (4).»

En estos círculos los demagogos, que en ellos tenían su Foro, excitaban con gran habilidad á la deserción y al motín al regimiento de guardias franceses para redimir la falta que segun ellos había cometido atacando á los que saqueaban la casa de Reveillon. En aquella parte del ejército en que no había tropas extranjeras, el tercer estado se sublevó contra los privilegiados. Ya conocemos la ley necia que privaba á los soldados y sargentos procedentes de la plebe de toda esperanza de llegar siquiera á ser subtenientes (5). En los cuarteles había tambien sus demagogos, que predicaban libertad, igualdad y fraternidad, y que decían ser un deber no prestar obediencia á los mandatos de los enemigos de la libertad. Desde el 20 de junio las tropas estaban retenidas en sus cuarteles, pero en los días 25 y 26 todas las compañías salieron de ellos y se dirigieron sin armas pero en formación correcta al Palais Royal, seguidas por las aclamaciones del pueblo, que se apresuraba á darles vino, refrescos, hielo, dinero y billetes, regresando de nuevo á los cuarteles despues de victorear á la nación y al tercer estado. El día 11 de junio, once soldados del regimiento que fueron arrestados por sus oficiales por sediciosos se dirigieron por medio de un

(3) *La France libre par M. Camille Desmoulin, Avocat au Parlement de Paris, Electeur du Baillage de Vermandois. — Que quoniam in foecum incidit obruat. — Parce que la bête est dans le piège qu'on l'assomme (Cic.). 1789.* Impresa en las *Œuvres de C. D.*, I, pág. 125. Biblioteca nacional. París, 1876.

(4) *Œuvres*, II, pág. 86.

(5) Véase mas arriba.

llamamiento escrito á los patriotas del Palais Royal, los cuales marcharon tumultuosamente á la Abadía, invadieron los calabozos, libertaron á los presos y los llevaron en triunfo hasta el Palais Royal. Además, una diputación se dirigió á la Asamblea nacional para solicitar el perdón de aquellos «militares distinguidos», perdon que el rey no se atrevió á negar. Acercábase, pues, el día en que sería atacado el último baluarte del poder real y de una casualidad dependía quizás que el ataque se consumara en un momento dado.

El día 12 de julio (era domingo) el parlamento permanente del Palais Royal era presa de extraordinaria agitación, por haber llegado aquel medio día de Versalles la infame nueva de haber sido destituido el ministro Necker, el hombre popular, cuya caída se consideró como el preludio de un golpe de Estado contra el derecho de la libertad de la nación. Camilo Desmoulin subió á una mesa; seis mil hombres le rodeaban cuando dijo con voz balbuciente: «Ciudadanos, sabéis que la nación ha pedido que Necker fuera conservado en su puesto y que se le erigiera un monumento: ¡estas peticiones han sido rechazadas! ¿Se os puede contrariar así cínicamente? Despues de esto, se atreverán á todo, y quizás esta noche mediten y ordenen una nueva *San Bartolomé* de patriotas. ¡A las armas, á las armas! Pongámonos todos la escarapela verde, del color de la esperanza. La infame policía está aquí. ¡Vamos! me mira, me observa atentamente, sí, yo soy el que llama á sus hermanos á la libertad.» Y luego, levantando una pistola en alto, añadió: «A lo menos no me cogereis vivo y moriré gloriosamente. Solo hay para mí una desgracia, y es ver de nuevo esclava á la Francia.» Despues de estas palabras bajó de la mesa, y fué abrazado y acariciado por todos. Tomó luego un lazo verde y se lo prendió en el sombrero (1). Toda aquella masa de patriotas adoptó igual distintivo y se puso en marcha para apoderarse de un busto de Necker que había en el taller de Curtius y pasearlo en triunfo por las calles de la ciudad, mientras se intimaba á los dueños de salones de baile y de teatros que cerraran sus locales en señal de luto nacional.

La comitiva se encontró con las tropas que, por orden de Besenval, eran enviadas á la plaza de Luis XV, y á las cuales se había encargado que bajo ningún concepto trabaran combate con los amotinados. Aquel oficial nos dice: «Cuando las tropas se dirigían á la plaza de Luis XV fueron recibidas con insultos, pedradas y pistoletazos; muchas personas fueron heridas sin que los soldados hicieran ademán alguno amenazador, tan estrictamente se cumplía la orden de no derramar una sola gota de sangre. ¿Puede verse en esta actitud aquel complot contra París, de que tanto se había hablado á los habitantes de la capital (2)? ¿Qué digo? Los que excitan á las masas no creen tal cosa; pero con estas invenciones se las exalta, y como en la naturaleza de las masas está el dejarse llevar por impulsos irreflexivos, los agitadores se aprovechan de la agitación antes de que el pueblo comprenda que ha sido engañado. Con el desorden, que crecía por momentos, se hacia mas crítica mi situación. ¿Qué influencia podía yo ejercer? Si comprometía las tropas de París encendía una guerra civil. Una sangre preciosa, sea de quien fuere, sería derramada sin que de ello reportara ventaja alguna el orden público. Mis tropas eran seducidas ante mi vista por todos los medios imaginables; yo recibía avisos que me hacían dudar de la fidelidad de los soldados; Versalles me olvidó en tan crítica situación, considerando sin duda á aquellos trescientos mil amotinados como si constituyeran simplemente un grupo sedicioso, y lo que era una revolución como si fuese

(1) Carta á su padre, de 16 de julio. *Œuvres*, II, págs. 91-92.

(2) Por ejemplo, los *deux amis de la liberté* en su *Hist. de la rév. de France*, I, pág. 268, describen repetidas veces este cuadro de horrores.

un simple motin. Meditando sobre todas estas cosas creí que lo mas conveniente era hacer retirar las tropas y abandonar á París á sí mismo. Esto lo decidí á la una de la mañana (3).»

Las tropas que por orden de Besenval abandonaron sin luchar la ciudad de París durante la noche del 12 al 13 de julio, se componían de suizos y de algunos escuadrones de caballería que para reforzarle le había mandado entretanto el mariscal Broglie, el cual hizo poner en marcha entre Versalles y París varios regimientos, en los cuales la preponderancia de alemanes, suizos é irlandeses podía causar cierta alarma, precisamente cuando había ocurrido un cambio de ministerio que parecia abrigar en secreto los mas funestos propósitos. Motivo bastante había para hacer gran ostentación de fuerzas, pues la anarquía reinaba en París y en Versalles, amenazando no solo la monarquía sino el orden general del Estado. Pero lo que no podía entrar en el plan del gobierno era una «invasión en París», una «*San Bartolomé* de patriotas», como se había dicho en el Palais Royal, pues de ser así, Besenval hubiera llevado las órdenes al efecto y no se hubiera retirado sin luchar en el momento preciso en que todo justificaba la adopción de medidas extraordinarias. Por otra parte, el motivo de la retirada de Besenval no pudo haber sido la repugnancia á derramar sangre de ciudadanos, sangre tan mezclada con la de bandidos que no comprendemos el sentimentalismo poco militar de aquel acto. Otro mas poderoso hubo de ser, que ya viene indicado al final del párrafo transcrito. Durante la noche del 12 de julio habíase celebrado en el Palais Royal un consejo de guerra muy grave. Los guardias franceses en vez de dirigirse á la plaza de Luis XV se habían retirado á sus cuarteles. A las once de la noche (así lo refieren los bien enterados «*Dos amigos de la libertad*») se presentaron 1,200 hombres armados de aquel regimiento (4) en el Palais Royal, donde, sin oficiales ni artillería, resolvieron dirigirse á la plaza de Luis XV y arrojarse de ella á las tropas que allí se encontrarán. El pueblo reunido les aclamó con júbilo, y aquel contingente, seguido por gran número de voluntarios, se puso en marcha á la luz de antorchas y faroles. No hubo lucha porque, como hemos visto, Besenval hizo retirar á sus suizos y á la caballería. Si Besenval hubiera procedido de distinto modo, hubiese sido inevitable la lucha de las tropas reales entre sí, y la conducta que habrían observado los regimientos no sublevados todavía era por lo menos dudosa. Este fué sin duda el motivo principal á que obedeció Besenval cuando abandonó á París «á sí mismo», es decir, á los bandidos y amotinados.

El 13 de julio transcurrió en medio de temibles tumultos y desórdenes populares de toda especie. Al toque de rebato, y mientras una comisión electoral ejercía en la Casa de la Villa una especie de administración provisional, se reunieron los ciudadanos en sus distritos electorales para formar precipitadamente una milicia armada que protegiera sus vidas y haciendas contra las turbas de facinerosos que recorrían desde la mañana las calles, armadas de sables, picas, lanzas y pistolas. Querían pegar fuego á los «palacios de los aristócratas»; pero encontraron en las bien provistas bodegas del convento de Lazaristas un botín que apagó durante un par de horas su sed de gloria. En la mañana del 14 de julio penetraron 30 ó 40,000 hombres en el parque de los Inválidos y se apoderaron de 32,000 fusiles y de todas las demás armas allí almacenadas (5), recorriendo luego todas las calles á los gritos de: «¡A la Bastilla, á la Bastilla (6)!»

(3) *Mémoires*, II, págs. 362-363.

(4) *Histoire de la révolution de France*, I, pág. 278.

(5) Besenval, II, págs. 365-366.

(6) «Es indudable que la toma de la Bastilla estaba proyectada de antemano y que desde la víspera se habían trazado planes de ataque.»